

EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA.

1. La Iglesia cuerpo viviente por el Espíritu Santo.

Agustín caracteriza al Espíritu como Comunión, Caridad y Don en el seno de la Trinidad, pero tiene una conexión elemental con la eclesiología y la doctrina de la gracia. Él compara la acción del Espíritu en la Iglesia con la acción del espíritu humano en el hombre, de tal manera que si queremos poseer el Espíritu Santo es necesario permanecer en la unidad de la Iglesia. En la Iglesia cada miembro realiza su función específica, pero unidos por la caridad reciben la misma vida del Espíritu y eso mismo es impulso para conservar la unidad y potenciar la caridad. Es más, a todos aquellos que han entrado en la Iglesia con rectitud de intención, el Espíritu les garantiza la pertenencia a dicha Iglesia: "No busquen al Espíritu Santo sino en el Cuerpo de Cristo. Fuera tienen el sacramento, pero no la realidad de ese sacramento, y por eso comen y beben su condenación. El pan es sacramento de la unidad, pues dice el Apóstol: Un pan, un cuerpo somos muchos. Sola la Iglesia católica es el Cuerpo de Cristo, y Cristo es la Cabeza y el Salvador de su Cuerpo. Fuera de este Cuerpo, a nadie vivifica el Espíritu Santo, ya que, como dice el mismo Apóstol, la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha donado. No será partícipe de la divina caridad quien es enemigo de la unidad. Y así no tienen el Espíritu Santo los que están fuera de la Iglesia. De ellos está escrito: A sí mismo se desvían; son animales, y carecen del Espíritu. Tampoco recibe el Espíritu Santo quien entra en la Iglesia con intención fingida, pues también está escrito: El Espíritu Santo rehuye al que observa fingidamente la disciplina. Luego quien quiera tener el Espíritu Santo, entre en la Iglesia y guárdese de entrar por disimulación. Si entró ya con mala intención, no persista en ella, para que pueda prender de veras en el árbol de la vida" (Epístola 185,50).

En la conexión entre el Espíritu y la Iglesia la caridad es también el concepto guía, de hecho, Agustín insiste en que el que ama a la Iglesia, recibe y tiene el Espíritu Santo, pero es más, cuando el Espíritu reparte sus dones, la Iglesia se edifica: "El Don, que es el Espíritu Santo, distribuye en común a todos los miembros de Cristo multitud de dones, que se hacen propios de cada uno. No es que cada uno los posea todos, sino que unos reciben unos y otros, otros, aunque cada uno tiene el Don, es decir, el Espíritu Santo, del que todos los bienes promanan... Para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio y edificación del cuerpo de Cristo. Esta es la casa edificada, según canta el Salmo, después de la cautividad, porque la casa de Cristo, que se llama Iglesia, está edificada" (La Trinidad 15,19,34).

El Espíritu Santo hace que la Iglesia sea un cuerpo viviente. Una de sus funciones más notables es incorporar a los hombres a la Iglesia, unificarlos en torno a una unidad espiritual y guiarlos hacia un fin común. Las obras que realizan los miembros manifiestan que son hechas bajo la inspiración del Espíritu Santo: "Por tanto, quien tiene el Espíritu Santo está dentro de la Iglesia... Cada uno de nuestros miembros realiza sus funciones mientras estamos con vida, mientras nos mantenemos sanos... Si un miembro se separa del cuerpo... fuera del cuerpo tiene solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia. Buscas en él el sacramento, y lo encuentras; buscas el bautismo, y lo encuentras; buscas el símbolo, y lo encuentras. Es lo exterior; pero si el Espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías exteriormente del rito" (Sermón 268,2).

El espíritu Santo es la razón de la vida y de la unidad de la Iglesia y de cada uno de los miembros, es decir, el Espíritu tiene una función animadora, en el sentido estricto del término, en el cuerpo de Cristo, porque es el alma de cada uno de los miembros y de todos ellos, aunque es verdad que en la obra de vivificación de la Iglesia obra juntamente con el Padre y el Hijo: "Dios habita en su templo, no sólo el Espíritu Santo, sino también el padre y el Hijo... Así, pues, es templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la santa iglesia" (Enquiridión 56,15). Esto que sucede en la Iglesia sucede de igual manera en cada uno de sus miembros. Todos los miembros de la Iglesia son templos vivos y morada de la Trinidad: "¿Quién, sino quien ignore totalmente la inseparabilidad de la Trinidad, osará opinar que el Padre o el Hijo habitan en alguien en quien no habita el Espíritu Santo, o que el Espíritu Santo habita en alguien en quien no moran el Padre y el Hijo?" (Epístola 187,16). A pesar de estas afirmaciones, lo cierto es que se le atribuye al Espíritu Santo la función de ser alma de la Iglesia, de vivificarla y animarla con su presencia. Es más, en la concepción agustiniana de la Iglesia es esencial la doctrina del Espíritu Santo como alma de la misma. A Él se le atribuya la función de unir a todos los fieles dispersos: "Quien nos creó es solo Dios, quien nos redimió es solo Cristo, quien debe unírnos es el único Espíritu" (Mensaje a los donatistas después de la Conferencia 35,58).

El Espíritu Santo, por tanto, es el principio de la unidad de la Iglesia, es, como dice Agustín, "el fundamento o la raíz de la unidad" (Comentario al salmo 143,3), que tiene como su tarea específica la realización de la unidad y esta siempre en función de esa unidad, que es el aliento de toda comunidad cristiana: "Por el Espíritu Santo somos recogidos en la unidad y no nos separamos de la unidad... Y quien no vive en la unidad de Cristo y ladra contra la unidad de Cristo, hemos de entender que no tiene el Espíritu Santo. Las riñas, disensiones y divisiones sólo producen animales, de los que dice el Apóstol: El hombre animal no percibe lo que atañe al Espíritu de Dios... Con razón vienen algunos a nosotros para recibir el Espíritu Santo, pues, aunque crean lo mismo que nosotros, no pueden tenerle mientras sean enemigos de la unidad" (Sermón 8,18).

Para Agustín la Iglesia es un cuerpo vivo animado por el Espíritu Santo, que es el principio interno causa de su vida y unidad, como consecuencia, sólo el que está animado por el Espíritu es miembro de la Iglesia y sólo puede estar animado en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia: "Que lleguen a ser el cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo solamente vive el cuerpo de Cristo... ¿Quieres, pues, tú recibir la vida del Espíritu de Cristo? Incorpórate al cuerpo de Cristo... Quien quiera vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida... Que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo" (Comentario al evangelio de Juan 26,13).

Es necesario estar unidos al cuerpo para vivir del Espíritu, pero es el mismo Espíritu el que nos une y nos reúne: "El mismo Espíritu nos reúne y nos congrega, razón por la que dejó como primera señal de su venida el que cuantos lo recibieron hablaron también cada uno las lenguas de todos, la unidad del cuerpo de Cristo se congrega a partir de todas las lenguas, es decir, reuniendo a todos los pueblos extendidos por la totalidad del orbe de la tierra" (Sermón 270,6). Parece que la experiencia del primer Pentecostés, donde se hablaban todas las lenguas, ha de repetirse en la vida de cada uno ya que ella es la prueba de pertenencia a la Iglesia, que hace que los fieles se mantengan en la unidad: "Por tanto, quien tiene el Espíritu

Santo está dentro de la Iglesia que habla las lenguas de todos. Quienquiera que se halle fuera de ella, carece del Espíritu Santo. Por esta razón, el Espíritu Santo se dignó manifestarse en las lenguas de todos los pueblos, para que comprenda que tiene el Espíritu el que se mantiene en la unidad de la Iglesia, que habla en todos los idiomas" (Sermón 268, 2). De hecho, para Agustín hoy es también día de Pentecostés, hoy se cumple en nosotros lo que se anunciaba en aquellos días en que vino el Espíritu Santo, porque estamos enraizados en Él: "Vosotros, en cambio, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, retoños de la unidad, hijos de la paz, celebrad este día con alegría y tranquilidad. En vosotros se cumple lo que se anunciaba en aquellos días, cuando vino el Espíritu Santo. Como entonces los que recibían el Espíritu Santo, incluso cada uno en particular, hablaban en todas las lenguas, así también ahora la misma unidad habla las lenguas de todos los pueblos; en ella estáis enraizados los que tenéis el Espíritu Santo, los que no estáis separados por ningún cisma de la Iglesia de Cristo, que habla todas las lenguas" (Sermón 271).

Es propiamente por la caridad, como fuerza unitiva, que da el Espíritu, por la que los miembros de Cristo están vinculados en la unidad: "La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad se realiza por la caridad. ¿Cuál es la fuente de la caridad? Pregúntalo al Apóstol: La caridad de Dios, dice, es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica" (Comentario al evangelio de Juan 27,6). Teniendo la caridad de Cristo nos hacemos miembros suyos y a través de la caridad es Cristo el que se ama a sí mismo: "Amándose se hace él mismo miembro y entra por el amor a formar parte de la trabazón del cuerpo de Cristo, y será un Cristo amándose a sí mismo. Cuando mutuamente se aman los miembros, el cuerpo se ama a sí mismo" (Comentario a la epístola de Juan 10,3). Por el contrario, el que no tiene la caridad ni forma parte de la Iglesia ni puede tener el Espíritu: "Tampoco reside la verdadera caridad de Dios en aquel que es ingrato al Espíritu Santo, por quien se difunde en nuestros corazones su caridad. Y, por tanto, éstos no pertenecen al pueblo de Dios, porque no son pobres de Dios" (Comentario al salmo 71,3).

Por otra parte, el Espíritu reparte sus dones sin los cuales nadie puede vivir ni comprender como se debe, ya que el Espíritu es alma y vida, sabiduría y sana inteligencia: "Como nadie comprende o entiende rectamente o prevalece rectamente en el consejo y en la fortaleza, nadie es piadoso con ciencia o sabio con piedad, nadie teme a Dios con temor casto si no recibe el Espíritu de sabiduría y entendimiento, de consejo y fortaleza, de ciencia, piedad y temor de Dios; como nadie tiene virtud verdadera, caridad sincera, continencia religiosa, sino por el Espíritu de virtud, caridad y continencia; del mismo modo, sin el Espíritu de fe nadie creará rectamente y sin el Espíritu de oración nadie orará saludablemente. No es que sean muchos los Espíritus, sino que todas estas cosas las obra un mismo Espíritu, que reparte sus dones a cada uno como quiere, porque el Espíritu sopla donde quiere" (Epístola 194,18).

2. La Iglesia hogar del Espíritu Santo.

La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia como organismo vivo es algo evidente y de mucha importancia para Agustín que con frecuencia lo afirma y defiende. Pero, en la

reflexión agustiniana, esta presencia del Espíritu en la Iglesia no tiene sólo una función animadora específica sino que presenta a la Iglesia como lugar donde el Espíritu está y descansa, es decir, la Iglesia es el espacio donde se puede encontrar el Espíritu, porque es propiamente su hogar, su templo vivo. De la misma manera que cada hombre es templo de Dios, todos juntos, como comunidad de creyentes, como Iglesia, forman el único templo de Dios. Esto quiere decir que el Espíritu Santo habita no sólo individualmente en cada uno de los justos, sino también corporativamente en toda la Iglesia, que está formada por muchos miembros: "Cuando pienses en la inhabitación divina, piensa en la unidad y congregación de los santos, y principalmente en los cielos, donde se dice que Dios habita principalmente, porque allí se realiza a la perfección la divina voluntad por la obediencia de aquellos en quienes habita; y después también en la tierra, donde Dios edifica y habita la casa que ha de dedicar al fin del siglo" (Epístola 187,41).

Para Agustín la Iglesia es el cuerpo que prolonga la presencia de Cristo en el mundo; la Cabeza y los miembros están en íntima unión de tal manera que son un solo Cristo. El Cristo total es uno de los ángulos desde el que podemos contemplar a Cristo según el punto de vista de Agustín: "A nuestro Señor Jesucristo se le considera y nombra de tres modos... El primero de ellos, anterior a la ascensión de la carne, es en cuanto Dios y en referencia a la divinidad, igual y coeterna a la del Padre. El segundo se refiere al momento en que ha asumido ya la carne, en cuanto se lee y se entiende que el mismo que es Dios es hombre y el mismo que es hombre es Dios... El tercer modo es lo que en cierta manera denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular" (Sermón 341,1).

2.1. La Iglesia templo del Espíritu.

Es el Cristo total, manera como define Agustín a la Iglesia, el que es templo del Espíritu. Pero esto no es automático, exige previamente la fe que da confianza y trabaja adecentando la realidad interior para ser alojamiento del Espíritu: "Quien dijo: vuestros cuerpos son miembros de Cristo, ¿qué otra cosa mostró sino que nuestros cuerpos y nuestra cabeza, que es Cristo, constituyen en conjunto el único templo de Dios? Tenemos confianza en que el cuerpo de Cristo y nuestros cuerpos serán el templo de Dios, y ciertamente lo serán; pero, si no creemos, no llegaremos a serlo" (Sermón 217,4).

Evidentemente la Iglesia en esta etapa actual es templo de Dios, pero no en plenitud, aquí está en período de edificación y en perspectiva indicativa, tendiendo hacia la plena realización: "Porque si el pueblo de Dios, cuando aun no ha sido equiparado a sus ángeles y camina esta peregrinación, se llama ya templo de Dios, ¿cuánto será mejor templo de Dios en el cielo, en donde está el pueblo de los ángeles, a los que nos hemos de reunir y equiparar cuando termine esta peregrinación y hayamos recibido lo que se nos prometió?" (Epístola 187,16).

Cuando Agustín quiere precisar un poco más esta doctrina dice: "Todos a la vez somos su templo, y cada uno de nosotros es su templo, porque Dios no es mayor en todos que en cada uno" (Epístola 187,20) y a modo de conclusión afirma: "Dios habita en los individuos como en sus templos y en todos reunidos en uno como en un templo... Se acomodará, sin duda, en su templo, establecido ya en la vida eterna después de la fluctuación de este siglo. Dios está, por lo tanto, presente doquier y doquier íntegro; no habita en todas partes, sino en

su templo, para el que es benigno y propicio por la gracia; y el que habita es poseído por unos más, por otros menos" (Epístola 187,38).

Para Agustín, como hemos podido comprobar por lo dicho hasta este momento, la comunidad y cada uno de sus miembros son templo y morada de Dios, porque Dios se digna habitar en la concordia: "Somos, en efecto, todos a la vez y cada uno en particular, templos suyos, ya que se digna morar en la concordia de todos y en cada uno en particular, sin ser mayor en todos que en cada uno, puesto que ni se distiende por la masa ni disminuye por la participación. Cuando nuestro corazón se levanta a Él, se hace su altar: le aplacamos con el sacerdocio de su primogénito; le ofrecemos víctimas cruentas cuando por su verdad luchamos hasta la sangre; le ofrecemos suavísimo incienso cuando en su presencia estamos abrasados en religioso y santo amor; le ofrecemos y devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos en ellos; en las fiestas solemnes y determinados días le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios a fin de que con el paso del tiempo no se nos vaya introduciendo solapadamente el olvido; con el fuego ardiente de caridad le sacrificamos la hostia de humildad y alabanza en el ara de nuestro corazón" (La ciudad de Dios 10,3,2).

Este único templo es el resultado de la íntima unión de todos los fieles en un único Espíritu y de la incorporación en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, donde Cristo es la Cabeza, esto se realiza a través de la regeneración espiritual y la reunión en común unión, en unidad y concordia: "La reunión en uno había de constituirlos hijos de Dios. Ese en uno no se refiere a un lugar corporal, pues acerca de la vocación de los gentiles anunció el profeta: y le adorarán, cada cual desde su lugar, todas las islas de los gentiles. Cuando dice consagrará en uno, se entiende en un espíritu, en un cuerpo, cuya Cabeza es Cristo. Tal congregación es la edificación del templo de Dios. Tal congregación no la produce la generación carnal, sino la regeneración espiritual" (Epístola 187,37).

Cuando Agustín habla de la Iglesia como templo del Espíritu no se refiere sólo a los fieles que pertenecen a la Iglesia peregrina, sino también a todos los que fueron, es decir, a la Iglesia en toda su amplitud: "Por tanto, el recto orden de nuestra confesión exigía que la Iglesia apareciese unida a la Trinidad, como al inquilino su casa, como a Dios su templo y como al fundador su ciudad. Aquí la Iglesia ha de entenderse en toda su universalidad, no sólo aquella que peregrina en la tierra, alabando el nombre de Dios desde la salida del sol hasta su ocaso y cantando un cántico nuevo después de la antigua cautividad, sino también aquella otra que siempre ha estado unida a Dios en los cielos desde que fue fundada y que no experimentó el mal de su caída, manteniéndose inmutablemente feliz en los santos ángeles, y que ayuda, como conviene, a la parte que aún peregrina; porque ambas serán una sola Iglesia por la participación de la eternidad, como ya lo son ahora por el vínculo de la caridad, la cual fue toda ella ordenada para adorar al único Dios. De aquí que ni toda ella ni parte alguna de la misma quiere ser honrada en lugar de Dios, ni quiere tampoco adorar como Dios a cosa ninguna que pertenezca al templo de Dios, formado de dioses que crea el Dios increado... Por tanto, Dios habita en su templo, no sólo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo, el cual afirmó también de su cuerpo, constituido cabeza de la Iglesia que está en este mundo, para que Él mismo tenga la primacía sobre todas las cosas: destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Así, pues, es el templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la Santa Iglesia, es, a saber, toda la Iglesia, la del cielo y la de la tierra" (Enquiridión 56,15).

Por tanto, para hacernos templos del Espíritu será necesario vivir desde la unidad, es decir, trabajar con empeño en la construcción de concordia y unanimidad hasta lograr tener una sola alma y un solo corazón y así hacer un lugar para el Señor, que quiere vivir en la concordia de los muchos que buscan lo común y viven para lo común: "¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? Que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor. Para que sepáis que se hizo el Señor un lugar en todos, dice la Escritura: Había en ellos una sola alma y un solo corazón en Dios. Muchos, para no hacer un lugar a Dios, buscan, aman sus cosas, se gozan de su propio poder, anhelan su interés. El que quiere hacer un lugar al Señor no debe alegrarse de su propio bien, sino del común. Los primeros cristianos hicieron comunes sus propias cosas. ¿Por ventura perdieron lo propio? Si hubieran poseído lo suyo y cada uno hubiera tenido lo propio, sólo tendrían lo que cada uno tenía; pero, al hacer común lo que era particular, también las cosas de los demás se hicieron de él. Atienda vuestra caridad. De las cosas que cada uno posee dimanar las riñas, las enemistades, las discordias, las guerras entre los hombres, los alborotos, las mutuas disensiones, los escándalos, los pecados, las iniquidades y los homicidios. ¿De qué cosas? De las que cada uno posee en particular. ¿Acaso litigamos por las que poseemos en común? Usamos del aire en común, el sol lo vemos todos. Luego bienaventurados los que hacen un lugar al Señor, de tal modo que no se alegran del suyo particular... ¿Acaso cuando encuentres un lugar para el Señor entrarás en tu tabernáculo? O más bien, ¿no será tu mismo tabernáculo aquel en donde encuentres el lugar para el Señor? ¿Por qué? Porque tú serás este lugar del Señor y también serás uno con aquellos que sean lugar del Señor" (Comentario al salmo 131,5).

Los fieles, siempre y cuando estemos unidos entre ellos, son piedras vivas del edificio y se convertimos en la hermosura de la casa de Dios y lugar de la gloria del Señor, es decir, lugar en donde todos pueden contemplar la gloria divina. Agustín nos invita a amar esta realidad, que es el templo de Dios, pero no tanto por lo precioso de la construcción y lo valioso de los materiales, sino por la santidad de los fieles creyentes; lo importante no son los edificios cuanto las personas que forman la Iglesia de Dios, pero se ama la Iglesia si se es Iglesia: "Amamos la hermosura de la casa del Señor y el lugar del tabernáculo de su gloria, si somos casa y tabernáculo del Señor. ¿Qué es la hermosura de la casa del Señor y el tabernáculo de su gloria, sino su mismo templo, del cual dice el Apóstol: el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros? Así como vuestra vista corporal se recrea en los edificios contruidos por los hombres, cuando son elegantes y suntuosos, del mismo modo, cuando los corazones de los fieles -piedras vivas- se entrelazan por el vínculo de la caridad, constituyen la hermosura de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria. Pues quien ama la hermosura de la casa de Dios no hay duda que ama a la Iglesia, no por la suntuosidad de las paredes y de las bóvedas, ni por el esplendor de los mármoles y de los artesonados de oro, sino en virtud de los hombres creyentes y santos que aman a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente, y al prójimo como a sí mismo" (Sermón 15,1).

2.2. La Iglesia tabernáculo de Dios.

Dios habita en la tierra en la Iglesia, como la tienda que se tiene en el tiempo de peregrinación: "Aquel que tiene la excelentísima casa en lo escondido, tiene también en la tierra el tabernáculo. Su tienda o tabernáculo en la tierra es su Iglesia, todavía peregrina. Pero

aquí ha de buscarse, porque en el tabernáculo se encuentra el camino que conduce a la casa. Cuando vaciaba sobre mí mi alma para lograr ver a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque he de entrar en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Entraré en el lugar del tabernáculo, del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios. Pues yo admiro muchas cosas en el tabernáculo. He aquí cuántas cosas contemplo en él. El tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles. En ellos admiro la obediencia de sus miembros, porque no reina en ellos el pecado obedeciendo a sus deseos; ni prestan sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que se ofrecen a Dios vivo en las buenas obras; también observo que los miembros están bajo el dominio del alma para servir a Dios; asimismo contemplo al alma que obedece a Dios ordenando las obras de sus actos, refrenando la concupiscencia, deponiendo la ignorancia y ofreciéndose a soportar todas las tribulaciones y molestias, consagrándose ante todo a la justicia y a la caridad. Contemplo estas virtudes en el alma, pero aun me encuentro peregrino en el lugar del tabernáculo" (Comentario al salmo 41,9).

Es de esperar que llegue el tiempo de la Iglesia gloriosa, fundada sólo por los buenos que viven la plenitud de la resurrección y descansan en el sábado sin ocaso y sin ataque de ninguna perturbación, pero ahora estamos en la peregrinación y aquí la Iglesia es la tienda que nos protege como a los soldados en campaña, de tal manera que si sabemos vivir en la lucha, podremos disfrutar de la casa permanente: "En algún tiempo los ocultarás en lo escondido de tu rostro de la perturbación de los hombres, para que en adelante no pueda absolutamente darse en ellos la perturbación humana. Pero mientras peregrinan en este mundo, puesto que soportan muchas lenguas contradictorias quienes te sirven, ¿qué les haces? Los proteges en tu tabernáculo. ¿Cuál es el tabernáculo? La Iglesia de este siglo, y se denomina tabernáculo porque aún peregrina en esta tierra. El tabernáculo o tienda de campaña es la morada de los soldados que se hallan en campaña. Estas tiendas se llaman tabernáculos. La casa no es tabernáculo. Lucha en la campaña el peregrino. Como se salvó en el tabernáculo, le recibirás triunfante en la casa. En el cielo será eterna tu casa si ahora vivieres bien en el tabernáculo... Corre tú al tabernáculo de Dios, abrázate a la Iglesia católica, no te apartes de la regla de la verdad" (Comentario al salmo 30,II, s.3,8).

Fruto de esta presencia del Espíritu en la Iglesia y de la concepción de Agustín sobre la Iglesia como hogar del Espíritu y en conexión con esto estaría toda la doctrina agustiniana sobre la Iglesia, es cierto que en este momento superaría nuestra intención hacer un tratado de eclesiología agustiniana, tan solo queremos presentar algunas notas de su doctrina, desde el punto de vista de la espiritualidad agustiniana, que pueden ayudar a vivir este importante aspecto.

3. Acercamiento a la doctrina de Agustín sobre la Iglesia.

Agustín nace en un tiempo en que la Iglesia está ya organizada. En su tiempo, en el Imperio sólo es reconocida oficialmente la Iglesia universal, y son excluidas como falsas todas las confesiones que no están en comunión con dicha Iglesia. Pero Agustín, por su autosuficiencia, se desvió y estuvo por muchos años errante fuera del camino; su experiencia y las claves para interpretar estos años podemos verlo resumido en este texto: "Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas

Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad. Yo, en cambio, como un desdichado, creyendo que ya era capaz de volar, abandoné el nido, y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó para que no muriese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Las cosas que ahora, ya seguro en la fe, os propongo y expongo, fueron las que me turbaron" (Sermón 51,6; Cfr. Confesiones 3,5,9).

Cuando que volvió al seno de la Católica Agustín es un trasmisor fiel de la tradición y de la historia de la Iglesia y un teólogo que desarrolla toda una doctrina sobre ella, hasta el punto que se le ha llamado "Doctor de la Eclesiología". Y le llama doctor "porque sus enseñanzas sobre la Iglesia son tan vastas, penetrantes y completas, que han constituido un rico filón para el pensamiento cristiano de todas las edades" (Grabowski, S.J., La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín, Madrid 1965, p. XXXVIII).

3.1. La Iglesia y Cristo.

Para Agustín la Iglesia se identifica con la obra de Cristo, el Verbo encarnado hecho hombre, que es el Mediador entre Dios y los hombres y el único Salvador. En consecuencia, la esencia del cristianismo es la Iglesia en su origen, autoridad, desarrollo y ministerio, sacramentos, evangelización, caridad, unidad, apostolicidad, santidad, comunión, catolicidad, que continúa sobre la tierra la obra de Cristo; ella es la madre espiritual del hombre y la Maestra de la verdad revelada.

Desde muy pronto Agustín tiene clara la síntesis de lo que entiende por la Iglesia, en la idea de las dos ciudades (cfr. La catequesis de los principiantes 19,31). Después ha ido desarrollando esa síntesis conforme a las circunstancias: el misterio del Cristo total, Cabeza y Cuerpo, Esposo y Esposa, Cristo y la Iglesia, dos en una sola carne, dos en una sola persona (cfr. Comentario al salmo 3,9; 9,14; 17,51; 18,II,10; 26,II,23; 29,II,5; 30,II,3,4; 90,2; Sermón 321,1).

3.1.1. Cristo se hace hombre para fundar la Iglesia.- Es permanente en Agustín afirmar que una de las misiones de Cristo, al hacerse hombre, era fundar la Iglesia: "¿No había Él venido a formar su Iglesia y a separar del resto de la nación, como de la paja al grano...?" (Sermón 137,6). En Cristo se une el Verbo con la naturaleza humana y se asocia la Iglesia: "En él se dignó unirse a la naturaleza humana el hijo unigénito de Dios, para asociar a sí, cabeza inmaculada, a la Iglesia, inmaculada también" (Sermón 191,3). Siendo esto así, los miembros de la Iglesia han de seguir la misma suerte que la Cabeza, que es Cristo mismo: "En Cristo tiene lugar esto, porque en aquel hombre también la Iglesia fue tomada por el Verbo, que se hizo carne y habitó entre nosotros, y a una con Él nos asentó en los palacios celestiales, pues precediendo la cabeza, los otros miembros van detrás" (Comentario al salmo 3,9).

Cristo encomendó su Iglesia a sus amigos al marcharse al Padre. Pero por la encarnación se une con su Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia es Madre verdadera que engendra a los cristianos a una vida nueva; que los alimenta con la leche de la verdad y que los fortalece con el pan de la sabiduría. Vuestro Padre es Dios, vuestra Madre, la Iglesia:

"Esperad en él, asamblea del nuevo pueblo, pueblo que estás a punto de nacer, pueblo que hizo el Señor; esmérate para ser alumbrado con salud y evitar un aborto propio de las fieras. Pon tus ojos en el seno de la madre Iglesia; advierte su esfuerzo envuelto en gemidos para traerte a la vida, para alumbrarte con la luz de la fe. No agitéis por impaciencia las entrañas maternas, estrechando así las puertas del parto. Pueblo que estás siendo creado, alaba a tu Dios; alaba, alaba a tu Dios, pueblo que te abres a la vida. Alábele porque te amamanta, alábele porque te alimenta; puesto que te nutre, crece en sabiduría y edad. También él aceptó la espera del parto temporal, él que ni sufre mengua por la brevedad del tiempo, ni aumenta por la amplitud del mismo, antes bien excluyó desde la eternidad todas las estrecheces y hasta el tiempo mismo. Como aconseje a un niño aquel hombre bondadoso que lo nutría: No seáis niños en vuestro pensar; sedlo en cuanto a la malicia; sed perfectos en el pensar. Como competentes, haceos adolescentes en Cristo competentemente, para crecer cual jóvenes hasta llegar a ser varones adultos. Como está escrito, alegrad a vuestro padre con vuestro progresar en la sabiduría y no contristéis a vuestra madre con vuestro desfallecimiento" (Sermón 216,7).

Será importante potenciar la unidad con Cristo que ora con nosotros y en nosotros, que sufre en nosotros, que es santo en nosotros, porque los miembros unidos al Cuerpo de Cristo viven del Espíritu de Cristo: "Nadie puede ser justo cuando se separa de la unidad de este Cuerpo. Si amputamos un miembro del cuerpo del hombre vivo, ese miembro no puede ya retener el espíritu vital. Del mismo modo, el hombre que es amputado del Cuerpo de Cristo no puede ya retener el espíritu de justicia, aunque ese miembro retenga la figura que adquirió en el Cuerpo" (Epístola 185,42).

Para llegar a ser aquello que reciben y afirman: el Cuerpo de Cristo, es necesario permanecer en la unidad: "Allí estaba la túnica, dice el Evangelista, tejida de arriba abajo sin costura. Luego procedía del cielo, del Padre, del Espíritu Santo. ¿Cuál es esta túnica, si no es la caridad, la cual nadie puede dividir? ¿Cuál es esta túnica, si no es la unidad? Sobre ella se echa suerte; nadie la divide. Pudieron los herejes dividir los sacramentos, mas la caridad no la dividieron. Y porque no pudieron dividirla, se apartaron; luego ella permanece íntegra. Cupo en suerte a algunos. Quien la posee está seguro. Nadie la mueve de la Iglesia católica, y si alguno comienza a poseerla fuera, se mete dentro como se metió por la paloma el ramo de olivo en el arca" (Comentario al salmo 21,II,19).

3.1.2. De la Iglesia vamos a Cristo y de Cristo a la Iglesia: "Que nadie os engañe: ella es la auténtica, ella la católica. A Cristo no lo hemos visto, pero sí a ella: creamos lo que se nos dice de él. Los apóstoles, le veían a él y creían lo referente a ella. Ellos veían una cosa y creían la otra; nosotros también, puesto que vemos una, creemos la otra. Ellos veían a Cristo, y creían en la Iglesia que no veían; nosotros que vemos la Iglesia, creemos también en Cristo, a quien no vemos, y, agarrándonos a lo que vemos, llegaremos a quien aún no vemos. Conociendo, pues, al esposo y a la esposa, reconozcámoslos en el acta de su matrimonio para que tan santas nupcias no sean objeto de litigio" (Sermón 238,3). De alguna manera, Agustín está diciéndonos que tan privilegiados somos nosotros como los apóstoles y que tanto ellos como nosotros tenemos que ejercitarnos en la fe: "Del mismo modo que ellos le veían a él y creían lo referente al cuerpo, así nosotros que vemos el cuerpo creamos lo referente a la Cabeza. Sírvanos de ayuda recíproca lo que cada uno hemos visto. Les ayuda a ellos el creer en la Iglesia futura el haber visto a Cristo. La Iglesia que vemos nos ayuda a nosotros a creer que Cristo ha resucitado. Lo que ellos creían se ha hecho realidad; realidad es también lo que

nosotros creemos. Se cumplió lo que ellos creyeron de la cabeza; se cumple lo que nosotros creemos del cuerpo. Cristo entero se manifestó a ellos y a nosotros, pero ni ellos ni nosotros le vimos en su totalidad. Ellos vieron la Cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo y creemos en la Cabeza. A ninguno, sin embargo, le falta Cristo: en todos está íntegro" (Sermón 116,6).

Aquí están mezcladas las dos ciudades: "Y así dos ciudades, una de los malvados y otra de los justos, persiguen su camino, desde el comienzo del género humano hasta el fin del mundo, ahora mezcladas con los cuerpos, aunque separadas en las voluntades, y en el día del juicio también deberán ser separadas en cuanto al cuerpo..." (La catequesis de los principiantes 19,31), también están mezclados los dos amores: "Estos dos amores, de los cuales el uno es santo y el otro impuro; el uno social, el otro privado; el uno que busca la utilidad común para conseguir la celestial compañía, el otro que encauza, por el arrogante deseo de dominar, el bien común en propio provecho; el uno que está sometido a Dios, el otro en pugna con él; el uno tranquilo, el otro alborotado; el uno pacífico, el otro sedicioso; el uno que prefiere la verdad a las alabanzas de los que yerran, el otro que está ávido de cualquier clase de honores; el uno caritativo, el otro envidioso; el uno que desea para el prójimo lo que quiere para sí, el otro que ansía someter al prójimo a sí; el uno que gobierna al prójimo para utilidad del mismo prójimo, el otro que le gobierna para su propio provecho; tuvieron asiento en los ángeles, uno en los buenos y otro en los malos, y diferenciaron bajo la admirable e inefable providencia de Dios, que ordena y gobierna todas las cosas creadas, las dos ciudades creadas en medio del género humano; la una de los justos, la otra de los pecadores" (Del Génesis a la letra 11,15,20). La ciudad de Dios es la comunión grandiosa de todos los que se salvan.

La Iglesia, por tanto, es comunión de fe y sacramentos, es decir, es visible, social y jerárquica, necesaria en esta vida por el carácter ministerial, es instituida por Cristo en su humanidad, en su forma de siervo por la encarnación, como sacramento y como ministerio. A la vez la Iglesia es comunión de caridad, es decir, es invisible, interior, procede del Espíritu Santo, del Espíritu de Cristo, que está inseparablemente unido a Él. En definitiva, vivir en la Iglesia es vivir en la Verdad y estar seguros: "Igualmente confiesa que se da el Espíritu Santo a los que creen en Él; que fue instituida por Él nuestra madre la Iglesia, la que se llama Católica porque está difundida por todo el orbe y es universalmente perfecta y en nada claudica. Por fin, enseña que primeramente remite y perdona los pecados a los penitentes, y promete después el reino de los cielos y la vida eterna" (Del Génesis a la letra, incompleto 1,4).

Agustín entiende por Iglesia la comunión de los fieles unidos sustancialmente en la fe en Dios y en Jesucristo, que forman el Cuerpo de Cristo. Pero la Iglesia no es solo el cuerpo de Cristo aquí en la tierra, sino también la sociedad eterna de los elegidos (Cfr. Sermón 341,11). La Iglesia es sociedad visible que está ordenada al fin de su Fundador, es Cuerpo de Cristo y Esposa de Cristo unida indisolublemente a Él: "La Iglesia es el cuerpo de Cristo, conforme lo enseña la doctrina apostólica, la cual también se llama esposa. Su cuerpo, compuesto de muchos miembros con diversos oficios, se halla atado con el nudo de la unidad y de la caridad como si fuera la ligadura de la salud. En el tiempo presente Dios ejercita y purifica con ciertas molestias medicinales a su esposa la Iglesia, para que, al sacarla de este siglo, la junte consigo en la eternidad no teniendo mancha o arruga, o algún parecido defecto"

(Sobre la doctrina cristiana 1,16,15). Estando así unida a Cristo su Esposo, puede alumbrar continuamente a la vida sobrenatural de la gracia a un número incontable de fieles.

Para Agustín, la Iglesia es Cristo, Verbo humanado, Mediador entre Dios y los hombres, que continúa sobre la tierra la obra de la salvación. Esta Iglesia es una y única. Para Agustín la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que él llama sublime, divino y misterioso: "Cuando el Apóstol nos enseñaba una realidad, sin duda grande, divina y oculta, acerca de la diversidad de dones espirituales y, no obstante, en armoniosa unidad, nos puso, una vez más, un ejemplo tomado de nuestra misma carne, sin ocultar, al decir tales cosas, que Dios es su autor" (Contra Fausto 21,8).

3.1.3. Modos de ser de la Iglesia.- Para Agustín la Iglesia tiene diversos modos de ser: celeste, terrestre, o visible e invisible, pero son modos de ser de una misma realidad, que es la comunión de los que por la gracia salvífica de Cristo se han convertido en hijos de Dios y están destinados a la vida eterna. Una cosa es la Iglesia que viven en el tiempo, la Iglesia peregrina, que tiene que soportar dificultades y persecuciones, y otra muy distinta es la Iglesia que se encuentra ya en la patria celeste, que goza de la visión de la Trinidad: "Aquí la Iglesia ha de entenderse en toda su universalidad, no sólo aquella que peregrina en la tierra, alabando el nombre de Dios desde la salida del sol hasta su ocaso y cantando un cántico nuevo después de la antigua cautividad, sino también aquella otra que siempre ha estado unida a Dios en los cielos desde que fue fundada y que no experimentó el mal de su caída, manteniéndose inmutablemente feliz en los santos ángeles, y que ayuda, como conviene, a la parte que aún peregrina; porque ambas serán una sola Iglesia por la participación de la eternidad, como ya lo son ahora por el vínculo de la caridad, la cual fue toda ella ordenada para adorar al único Dios... Así, pues, es templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la santa Iglesia, es, a saber, toda la Iglesia, la del cielo y la de la tierra" (Enquiridión 57,15). Y más adelante dice: "Esta Iglesia de Dios, que está formada por los santos ángeles y virtudes, se nos dará a conocer tal cual es cuando estemos al fin unidos a ella, para poseer juntamente la eterna felicidad. Mas la que peregrina en la tierra nos es más conocida, porque estamos en ella y porque está formada de hombres como nosotros" (Enquiridión 61,16).

La distinción entre Iglesia peregrina e Iglesia triunfante, a veces viene descrita por Agustín en términos de vida; son dos vidas que debe custodiar y potenciar: "Así, pues, la Iglesia tiene conocimiento de dos vidas que le han sido predicadas y encomendadas por divina inspiración, de las cuales una vive en la fe y la otra en la contemplación; la una en el tiempo de peregrinación, la otra en la eternidad de la mansión; la una en el trabajo, la otra en el descanso; la una en el camino, la otra en la patria; la una en el trabajo de la actividad, la otra en el premio de la contemplación; la una se aparta del mal para obrar el bien, la otra no tiene mal alguno que evitar y tiene un grande bien de que gozar; la una se bate con el enemigo, la otra reina sin enemigo; la una se hace fuerte en las adversidades, la otra no siente nada adverso; la una refrena las concupiscencias carnales, la otra se entrega a deleites espirituales; la una se afana por conseguir la victoria, la otra vive segura en la paz de la victoria; la una necesita ayuda en las tentaciones, la otra sin tentación alguna se goza en su protector; la una socorre al necesitado, la otra está donde no hay necesidades; la una perdona los pecados ajenos para que le sean perdonados los propios, la otra no tiene qué perdonar no qué le sea perdonado; la una es sacudida por los males para que no se engría en los bienes, la otra por la plenitud de la gracia carece de todo mal para que sin peligro alguno de soberbia esté adherida al sumo Bien; la una debe discernir entre el bien y el mal, la otra sólo

contempla el bien; en conclusión, la una es buena, pero aún llena de miserias; la otra es mejor y bienaventurada. Esta es figurada por el apóstol Pedro; aquella, por Juan. Esta se desenvuelve totalmente aquí hasta el fin del mundo y allí encuentra su fin; aquella será completa después de esta vida, pero en la otra vida no tendrá fin" (Comentario al evangelio de Juan 124,5).

Por otra parte, la distinción entre Iglesia visible e Iglesia invisible es de suma importancia para la eclesiología; la visible está constituida por los que pertenecen a ella exteriormente, visiblemente, mediante la profesión de fe y recepción de los sacramentos, la invisible está constituida por los que pertenecen a su alma, que se identifica con la gracia de Cristo comunicada por el Espíritu. La verdadera Iglesia es la invisible, es cierto que pertenecer a la Iglesia visible es condición necesaria, pero no suficiente para pertenecer a la iglesia invisible, se necesita la gracia de Cristo. Para poder recibir todos los frutos de los sacramentos, no basta con recibir el sacramento, es necesario pertenecer a la Iglesia invisible: "Luego el que forma parte de la unidad de ese cuerpo, es decir, el que es miembro de ese organismo integrado por los cristianos, que comulgan habitualmente del altar en el sacramento de su cuerpo, ese es de quien puede decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre. De ahí que los herejes y cismáticos, separados de la unidad del cuerpo, pueden, sí, recibir el mismo sacramento, pero de nada les sirve; es más, se les vuelve perjudicial, porque su sentencia será mucho más rigurosa que la de una, siquiera tardía, liberación. Porque no están, de hecho, integrados con el vínculo de paz expresado en aquel sacramento. Pero, por otra parte, los que están en lo cierto al decir que no puede comer el cuerpo de Cristo quien no está en el cuerpo de Cristo, prometen equivocadamente a los que se han desgajado de la unidad de ese cuerpo y han caído en la herejía e incluso las supersticiones de la gentilidad, que su liberación del eterno tormento del fuego tendrá lugar alguna vez... Finalmente, dice el mismo Cristo: El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Aquí manifiesta lo que es comer no sólo sacramentalmente, sino realmente, el cuerpo de Cristo y beber su sangre. Esto es, en efecto, permanecer en Cristo para que Cristo permanezca en él. La frase equivale a esta otra: 'El que no permanece en mí ni yo en él, que no diga ni crea que come mi cuerpo o bebe mi sangre'. No permanecen, por lo tanto, en Cristo quienes no son sus miembros" (La ciudad de Dios 21,25,2-4).

3.2. La Iglesia nació del costado abierto de Cristo y es Esposa y Madre.

Para Agustín el nacimiento de la Iglesia hay que situarlo en la cruz de Cristo, cuando fluyen los sacramentos del costado traspasado por la lanza: "Serán dos en una carne, que es el gran misterio de Cristo y su Iglesia, ya podemos buscar a Cristo en todas las partes y beber vino de todas las hidrias. Duerme Adán para que Eva sea formada, y muere Cristo para que nazca la Iglesia. Mientras duerme Adán es formada Eva de una costilla. Después de muerto Cristo, la lanza hiere su costado. Entonces fluyen de allí los sacramentos para que por ellos se forme la Iglesia" (Comentario al evangelio de Juan 9,10).

3.2.1. La Iglesia es el Cuerpo y la Esposa de Cristo.- Sin duda "la faceta que él amaba más entrañablemente, la que nunca se cansaba de enseñar, repetir, enaltecer y exponer a sus oyentes, era la de la Iglesia considerada como Cuerpo místico de Cristo. La unión de los creyentes con Cristo en la formación de su Iglesia es algo "sublime, divino y misterioso" (Contra Fausto 21,8)" (Grabowski, S., La Iglesia o.c., p.5). Entre la Iglesia y Cristo existe una unión sumamente íntima, hasta el punto que las acciones y sufrimientos de la Iglesia son

acciones y sufrimientos de Cristo mismo: "Habla Cristo, porque habla la Iglesia en Cristo y Cristo en la Iglesia, el cuerpo en la cabeza y la cabeza en el cuerpo... Luego todos nosotros, unidos a nuestra Cabeza, Cristo, somos vigorosos, pero sin nuestra Cabeza no valemos para nada. ¿Por qué? Porque, unidos a nuestra Cabeza, somos vid; sin nuestra Cabeza, lo que Dios no permita, somos sarmientos cortados, destinados no para ser empleados por los agricultores, sino para el fuego... ¡Oh Señor!, sin ti, nada; contigo, todo. En efecto, todo lo que obra Él por nosotros parece que lo ejecutamos nosotros. Él puede mucho; aún más, todo sin nosotros; nosotros no podemos nada sin Él" (Comentario al salmo 30,II,s.1,4).

3.2.2. La Iglesia es madre.- En la Iglesia y por la Iglesia continúa Cristo su misión salvadora para los hombres, de esta manera la Iglesia se convierte en madre espiritual de todos los cristianos. La Iglesia es virgen y madre, que da a luz espiritualmente a los miembros de Cristo: "Siendo también la iglesia universal virgen desposada con un solo varón, que es Cristo, como dice el Apóstol, ¿cuán dignos de honor no han de ser sus miembros, que guardan en su carne lo que toda ella guarda en su fe? La Iglesia imita a la madre de su Esposo y Señor; porque la Iglesia también es virgen y madre. Pues, si no es virgen, ¿por qué celamos su virginidad? Y, si no es madre, ¿a qué hijos hablamos? María dio a luz corporalmente a la Cabeza de este Cuerpo; la Iglesia da a luz espiritualmente a los miembros de esa Cabeza. Ni en una ni en la otra la virginidad ha impedido la fecundidad; ni en una ni en otra la fecundidad ha ajado la virginidad. Por tanto, si la Iglesia universal es santa en el cuerpo y en el espíritu, y, sin embargo, no es toda virgen en el cuerpo, aunque sí en el espíritu, ¿cuánto más santa sería en aquellos miembros en los que es virgen a la vez en el cuerpo y en el espíritu?" (Sobre la santa virginidad 2,2).

Agustín considera a la Iglesia como madre virginal, semejante a María que fue fecundada por el Espíritu Santo; a través del bautismo da a luz a muchos hijos: "Toda la madre Iglesia es la que hace eso, porque toda ella es la que da a luz a todos y cada uno. El sacramento del bautismo cristiano es uno y el mismo, es válido y suficiente para efectuar la consagración aun entre herejes, aunque no basta para dar la participación en la vida eterna" (Epístola 198,5). Siendo esto así, esta madre ha de ser amada por todos sus hijos: "Cuando oísteis, ¿quién encontrará la mujer fuerte?, no penséis que habla de aquella Iglesia que está oculta, sino de aquella que fue encontrada por uno para que a nadie se ocultara. Por lo tanto, merece ser descrita, alabada, recomendada, amada como madre por todos nosotros, pues es esposa de un solo marido" (Sermón 37,2).

La Iglesia es madre porque en ella se genera a la vida de Dios a todos por medio del Espíritu Santo. Por eso Agustín nos invita a mirar a Dios como Padre y a la Iglesia como madre: "Amemos al Señor, Dios nuestro; amemos a su Iglesia; a Él como Padre, a ella como a madre; a Él como a Señor, a ella como a Esclava, porque somos hijos de la Esclava. Pero este matrimonio se halla unido con gran caridad. Nadie ofende al uno y tiene propicio al otro... ¿De qué te aprovecha no ofender al padre que reclama venganza por la madre ofendida? ¿De qué te aprovecha ensalzar al Señor, honrar a Dios, elogiarle, reconocer y alabar a su Hijo, que está a la derecha del Padre, si ultrajas su Iglesia?... Luego, carísimos, retened todos unánimemente a Dios por padre, y a la Iglesia por madre" (Comentario al Salmo 88,2,14).

La Iglesia es madre porque da a luz a sus hijos, que son los miembros de Cristo: "Y a vosotros, a quienes estoy hablando, que sois miembros de Cristo, ¿quién os ha dado a luz?

Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia. Esta Madre santa, honorable, semejante a María, da luz y es virgen. Que da a luz, lo pruebo por vosotros mismos: habéis nacido de ella; y da a luz a Cristo, pues sois miembros de Cristo... Cuando fuisteis bautizados, entonces nacisteis los hijos de la madre, miembros de Cristo. Traed ahora al lavatorio del bautismo a los que podáis" (Sermón 72 A,8).

La Iglesia, que es nuestra madre, es atacada y está en permanente peligro, atacada por los falsos hijos, por eso pide a sus hijos auténticos que la defiendan y la ayuden en la tarea de cuidar de todos, que superen su estado infantil y se pongan a trabajar: "Ella os concibió, os dio a luz en sangre de mártires, os parió a la luz sempiterna, os nutrió y nutre con la leche de la fe, os prepara alimentos más sólidos, y se lamenta porque queréis ser niños y lanzar vagidos sin dientes. Esta Madre, difundida por todo el orbe, se ve agitada por variados y múltiples ataques del error: algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella con armas desenfrenadas. Por la cobardía y pesadez de algunos que tiene que llevar en su regazo, se lamenta de que sus miembros se resfrían en muchos lugares y se hace menos capaz de llevar a sus pequeños. ¿Cómo podrá lograrlo sino por otros hijos, por otros de sus miembros en cuyo número te encuentras tú, y a los que pide auxilio justo y debido? ¿Olvidarás sus necesidades para entretenerte en palabras carnales? ¿Acaso no hace llegar a tus oídos todo esto con lamentos más tristes? ¿No te muestra sus entrañas y sus celestiales pechos? Ten en cuenta, además, que su Esposo asumió la carne para que no te adhieras a lo carnal, y que todo lo que tu madre te presenta lo toleró el Verbo eterno para que tú no te enredaras en ello" (Epístola 243,8).

3.2.3. Trabajar para la Iglesia.- Lo que la Iglesia es para nosotros, debe también serlo por medio nuestro: "La Esposa sois vosotros mismos, si amáis lo que ama ella; y amáis lo que ama ella si pertenecéis a ella... Os amonesto y ruego por la santidad de estas nupcias que améis a esta Iglesia, y permanezcáis en esta Iglesia, y seáis de esta Iglesia. Amad al Buen Pastor, el bello Esposo que a nadie engaña, que a nadie quiere ver perdido. Rogad también por las ovejas descarriadas, para que también ellas vengan a nosotros y reconozcan y amen la verdad, y no haya sino un solo rebaño y un solo pastor" (Sermón 138,7 y 10). En el fondo lo que está diciendo Agustín es que los miembros de Cristo tienen la obligación de comunicar la buena noticia que ellos han recibido y así aumentar los miembros de Cristo hasta llegar al Cristo Total: "Cuando comenzare Cristo a habitar en el interior del hombre por la fe y comenzare el invocado a poseer al que confiesa, se constituye el Cristo total, cabeza y cuerpo, y de todos se hace uno... Cristo se predica a sí mismo, se predica también en sus miembros ya existentes para atraer a otros, para que asimismo se acerquen los que aun no eran y se unan a sus miembros, por los cuales se predicó el Evangelio; y así se forme un solo cuerpo bajo una sola cabeza, con un mismo espíritu y una sola vida" (Comentario al salmo 74,4).

Desde Agustín tenemos que decir que una de las misiones más importantes que tienen los miembros de la Iglesia es conquistar a otros miembros para esta Iglesia, pero esta misión la reciben del mismo Cristo, porque son enviados por Él para ganar a otros; así hemos nacido nosotros: "No le conocimos en la carne y merecimos comer su carne y ser miembros de su carne, porque él envió a nosotros: ¿A quiénes? A sus heraldos, a sus discípulos, a sus siervos, a sus redimidos, a quienes creó, y también a sus hermanos, a quienes redimió. Es muy poco lo que he dicho: envió a sus miembros, a sí mismo; porque envió a nosotros a sus miembros y nos hizo miembros suyos" (Comentario al Evangelio de Juan 31,11). Es la misión del amor, es decir, si amamos a Dios, no podemos por menos de hablar de él a todos los que nos

encontremos y de llevarlos hasta él: "¿Cuál ha de ser tu ocupación? Alabar a quien amas y conseguir amadores para que le amen contigo. Si amases al auriga, ¿no arrastrarías a todos para que le aclamasen contigo? El amante del auriga, en dondequiera se halle, habla de él para que con él también le amen los demás. ¡Gratuitamente son amados los hombres disolutos, y se recaba premio de Dios para amarle! Ama gratuitamente a Dios. No rehúses llevar a Dios a cuantos puedas. Arrastrad hacia Él a cuantos podáis, a cuantos le habéis de poseer" (Comentario al salmo 72,34). Ser miembros del cuerpo de Cristo, pertenecer a la Iglesia, implica la tarea de alabar al Señor desde el amor y en el amor, y sin envidias empujar a los demás al mismo amor, porque los miembros de Cristo han aprendido a vivir la comunión y nunca pueden ni alabar ni amar uno solo: "Hermanos, todo el que pertenece al cuerpo de Cristo debe entregarse a engrandecer al Señor con él. El que obra de este modo ama al Señor. ¿Y cómo lo ama? No envidiando a su coamador... No quiero yo solo engrandecer al Señor; no quiero yo únicamente amarle; no quiero entregarme yo solo a Él, pues no temo que, si yo soy abrazado por Él, no pueda echar a otros las manos. Tanta es la amplitud de la Sabiduría de Dios, que todas las almas pueden ser abrazadas y gozar... Averguéncense los que de tal modo aman a Dios, que envidian a otros... Si amáis a Dios, arrastrad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa" (Comentario al salmo 33,s.2,6).

3.3. La Iglesia como sociedad visible, una, católica, apostólica y santa.

3.3.1. La Iglesia compuesta de buenos y malos.- Para Agustín la Iglesia en esta vida está compuesta de una mezcla de buenos y malos: "La Iglesia de este tiempo es semejante a una era que tiene grano y paja mezclados, es decir, buenos y malos juntos; pero después del juicio tendrá solamente buenos sin malo alguno" (Sermón 223, 2). Los pecadores son miembros imperfectos de la Iglesia, es cierto que no están separados totalmente de la Iglesia, pero tampoco están perfectamente unidos a ella, será necesario que se conviertan, porque "no es cuerpo del Señor el que no ha de estar con Él para siempre" (Sobre la doctrina cristiana 3,32,45). De hecho Agustín dice que los que están enfrentados con Cristo, no pueden pertenecer a la Iglesia: "Tampoco están consagrados a la Iglesia los que parecen estar dentro y viven enfrentados con Cristo, es decir, obran contra los mandatos de Cristo; y en modo alguno se puede juzgar que pertenezcan a aquella Iglesia, que purifica él con el agua y la palabra del bautismo, para proporcionarse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga o cosa semejante. Y si ellos no están en esta Iglesia, por no ser sus miembros, no están en la Iglesia de la que se afirma: Una sola es mi paloma, una la hija para su madre, pues es ella lo que no tiene mancha ni arruga. Atrévase alguien a afirmar que son miembros de esta paloma los que renuncian al mundo con palabras mas no con obras" (Tratado sobre el bautismo 4,3,4; está analizando la epístola 73 de Cipriano).

Contra los donatistas Agustín reclama las parábolas del Reino para mostrar que la intención de Jesús no fue instituir una comunidad sólo de santos, sino una comunidad donde están mezclados buenos y malos: "Por tanto, os advertimos, hermanos, que la Iglesia militante es una era. Muchas veces hemos dicho, y lo repetiremos otras tantas, que la iglesia tiene paja y trigo. Nadie pretenda retirar toda la paja hasta que llegue el tiempo de la bielta. Nadie abandone la era antes de la bielta por no querer tolerar a los pecadores, no sea que, hallándose fuera de la era, sea comido por las aves antes de entrar en el granero. ¿Por qué decimos esto? Atended, hermanos. Cuando los granos comienzan a ser trillados, ya no se tocan estando en la trilla entre las pajas, y de esta manera no se conocen, porque se

interponen las pajas. Y cualquiera que de lejos observa la era, juzga que es sólo paja. Si no mira con más atención, si no alarga la mano, si no sopla, es decir, si no separa la paja del grano soplando, difícilmente llegará a percibir los granos. Luego algunas veces de tal suerte se hallan como separados los mismos granos unos de otros sin tocarse, que piensa cada uno de ellos, al ser bueno, que está solo" (Comentario al salmo 25,2,5). Por tanto, es cierto que no todos los que están en la Iglesia forman parte del cuerpo de Cristo, y, por otra parte, es necesario permanecer siendo miembros vivos para no ser arrojados fuera: "En este siglo perverso, en estos días calamitosos, en que la Iglesia conquista su exaltación futura por medio de la humildad presente, y es adoctrinada con el aguijón del temor, el tormento del dolor, las molestias de los trabajos y los peligros de las tentaciones, teniendo en la esperanza su único consuelo, si acierta a dar con el consuelo auténtico, se encuentran muchos réprobos mezclados con los buenos. Los unos y los otros se ven reunidos como en la red evangélica; y en este mundo, como en el mar, nadan encerrados sin discriminación en las redes hasta llegar a la orilla, donde los malos serán separados de los buenos, y en los buenos como en su templo sea Dios todo para todos" (La ciudad de Dios 18,49).

Incluso entre los pastores de la Iglesia los hay que buscan su propio interés y no el de Jesucristo, pero esto no debe perturbarnos: "Hay algunos que ocupan la cátedra pastoral para mirar por las ovejas de Cristo. Pero hay otros que las ocupan para gozar de sus honores temporales y comodidades seculares. Es preciso que en la misma Católica perduren hasta el fin del siglo y hasta el juicio del Señor estos dos linajes de pastores, pues unos nacen mientras otros mueren. Ya en los tiempos apostólicos había algunos falsos hermanos, entre los que gemía el Apóstol diciendo: Peligros en los falsos hermanos. Pero no se apartó de ellos por soberbia, sino que los soportó con tolerancia" (Epístola 208,2).

Para Agustín la Iglesia es la ciudad santa, la ciudad que está fundada en el cielo, pero que todavía peregrina en la tierra: "La ciudad santa, la ciudad creyente, la ciudad peregrina está fundamentada en el cielo" (Sermón 105,9); en medio de defectos y sombras, ella es la auténtica depositaria de la salvación de Dios. La Iglesia es la única manifestación en la tierra del designio de Dios: "De esta realidad quiso que fuera sacramento cotidiano el sacrificio de la Iglesia, que, siendo cuerpo de la misma cabeza, aprendió a ofrecerse a sí misma por medio de Él" (La Ciudad de Dios 10,20).

3.3.2 Propiedades fundamentales de la Iglesia.- Las notas o propiedades fundamentales de la Iglesia son la unidad, la apostolicidad y universalidad y la santidad. Estas notas Agustín las explica ampliamente, nosotros vamos ahora, aunque sea muy brevemente porque no da más de sí nuestro tiempo, a detenemos en estas propiedades. En un sermón predicado con motivo de la entrega del Símbolo a los que se iban a bautizar, les dice: "Una sola cosa recomiendo a vuestros corazones: alejad, por todos los modos, vuestro espíritu y vuestro oído de todo el que no es católico, para que podáis alcanzar la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna mediante la Iglesia una, verdadera, santa y católica, que es aquella en la que se conoce al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un único Dios, a quien corresponde el honor y la gloria por los siglos de los siglos" (Sermón 215,9).

*** La unidad de la Iglesia verdadera.** Agustín habla de la unidad de la Iglesia universal frente a los donatistas que eran bastante provincianos: "Porque no oculté tu misericordia y tu verdad a la gran congregación, a la Iglesia de unidad, extendida por el orbe de la tierra, atiende a los miembros heridos, atiende a los delincuentes y pecadores y no

apartes tu misericordia" (Comentario al salmo 29,20). Por otra parte, defiende la unidad de la Iglesia siempre que tiene que refutar alguna herejía o que tiene que poner en claro la fe de la Iglesia que vive por la caridad, sin la cual no somos nada: "Pues recomendándonoslo estas palabras del Apóstol (1Cor. 13,1-3), solemos recordaros a vosotros la eminencia de la caridad, cómo nada aprovecha a los hombres, aunque tengan los sacramentos y la fe, si no tienen la caridad, de suerte que cuando venís a la unidad católica, comprendáis qué es lo que se os da y cuánto es lo que os falta, pues la caridad cristiana no puede conservarse sino en la unidad de la Iglesia, y así podáis ver que sin ella no sois nada, aunque tengáis el bautismo y la fe, y mediante ella podáis trasladar los montes. Si éste es también vuestro parecer, no rechazamos y expulsemos de nosotros ya los sacramentos de Dios que conocemos, ya la misma fe; antes bien, mantengamos la caridad, sin la cual ni con los sacramentos ni con la fe somos nada. Pero mantenemos la caridad si abrazamos la unidad, y abrazamos la unidad si no la configuramos conforme a nuestro partido con nuestras palabras, sino la reconocemos en la unidad por las palabras de Cristo" (Réplica a las cartas de Petiliano 2,77,172).

En una carta escrita a un sacerdote del partido de Donato, le dice: "Establecido fuera de la Iglesia, separado del organismo de la unidad y del vínculo de la caridad, serías castigado con eterno suplicio, aunque fueses abrasado vivo por el nombre de Cristo... Mira con diligencia si eres llamado al error y a la impiedad, o eres llevado hacia la verdad y piedad, porque ahí están la cristiana unidad y la caridad del Espíritu Santo. ¿Por qué te empeñas en ser enemigo de ti mismo?" (Epístola 173,6).

La Eucaristía es el principio de la unidad visible y conduce a plenitud la obra comenzada en el bautismo en favor de la unidad; Agustín hace una llamada a la unidad eclesial mediante la participación en la misma mesa eucarística: "¿Por qué no hemos de trabajar juntos en ser trigo en la unidad de la era dominical y en tolerar juntos la paja? Dime, por favor, ¿por qué no, por qué motivo, por qué bien, por qué utilidad? Se rompe la unidad para que los pueblos rescatados con la sangre del único Cordero se enciendan en afanes contrarios y recíprocos, para que nos dividamos, como si fuesen nuestras las ovejas del Padre de familias... Se rompe la unidad para que el esposo vaya por un lado y la esposa por otro... Se rompe la unidad para que los vecinos, ciudadanos, amigos, huéspedes y cuantos se ven allegados por la convivencia humana, todos ellos cristianos, estén de acuerdo para organizar festines, dar y recibir sus hijos en matrimonio, comprar y vender, estipular pactos y contratos, en el saludo, en el acuerdo, en la conversación y en todos sus asuntos y negocios, y entre tanto no estén de acuerdo en el altar de Dios. Por lo menos en el altar deberían deponer la discordia que en cualquier parte y tiempo hayan concebido; en conformidad con el precepto del Señor, deberían ir primero a reconciliarse con sus hermanos y entonces volver a ofrecer el don del altar. Pues ahora justamente disienten en el altar los que en todas partes están de acuerdo" (Epístola 108,17).

*** Catolicidad de la Iglesia verdadera.** Agustín con esta nota se refiere a la universalidad o totalidad de la Iglesia: "Creemos también en la Santa Iglesia, que, por cierto, es la católica" (La fe y el Símbolo de los Apóstoles 10,21). Uno de los fines de la Encarnación era fundar la Iglesia: "Pues ¡qué!, ¿no había él venido a formar su Iglesia y a separar del resto de la nación, como de la paja el grano, a los israelitas que creían y esperaban bien y amaban bien, para hacer de la circuncisión un muro, al que había de juntarse otro muro, el de la gentilidad, y ser él mismo la piedra angular donde se reunirían estas dos

paredes de dirección diversa?... Las barcas eran dos, pero significaban una Iglesia única, unificada en Cristo, hecha de dos pueblos que venían de dirección distinta" (Sermón 137,6).

Cristo ha quedado presente en esta Iglesia que había fundado y la protege hasta el fin de los tiempos. La Iglesia católica está extendida por toda la tierra: "Ya hemos mostrado a la Iglesia en el Verbo de Dios, su Esposo; Iglesia anunciada tanto por la Ley, los Profetas y los Salmos como por su propia boca; Iglesia que ha de empezar en Jerusalén y llegar hasta los confines del orbe entero. Y cómo empezó por Jerusalén y, extendida desde allí a todos los pueblos, está dando fruto, nos lo demuestra la misma palabra de Dios a través de los apóstoles" (Carta a los católicos sobre la secta donatista 11,29. Para evitar confusiones recordamos que este escrito suele figurar como La unidad de la Iglesia).

La catolicidad sólo la posee la Iglesia católica y es esta catolicidad, nos confiesa Agustín, una de las razones que le hace permanecer en la Iglesia: "Aun dejando de lado esta sabiduría que vosotros no creéis que se halle en la Iglesia católica, hay muchas otras cosas que me sujetan justamente en su seno. Me sujeta el consenso de los pueblos y las naciones; me sujeta su autoridad incoada con milagros, nutrida con la esperanza, acrecentada con el amor y asentada con la antigüedad. Me sujeta la sucesión de sacerdotes desde la misma cátedra del apóstol Pedro a quien el Señor confió, después de su resurrección, el pastoreo de sus ovejas, hasta el episcopado actual. Me sujeta finalmente el mismo nombre de 'católica' que no sin motivo sólo esta Iglesia obtuvo entre tantas herejías. Así, no obstante que todos los herejes quieren llamarse católicos, cuando algún forastero pregunta dónde se reúne la católica, ninguno de ellos osa indicarle la propia basílica o casa" (Réplica a la carta llamada 'del Fundamento' 4).

La Iglesia católica está extendida por todas las partes, mientras que los cismáticos y herejes sólo se encuentran en algunos lugares de la tierra: "Hay ovejas extraviadas en toda la faz de la tierra. No todos los herejes se hallan en toda la tierra, pero en toda ella hay herejes. Unos aquí, otros allí, pero en ningún lugar faltan. Ni ellos mismos se conocen; hay una secta en África, otra herejía en Oriente, otra en Egipto, otra en Mesopotamia, por poner algunos ejemplos. Se hallan en diversos lugares. A todos los ha engendrado una misma madre, la soberbia, del mismo modo que una única madre nuestra, la Católica, ha engendrado a los fieles cristianos extendidos por todo el orbe. Nada de extraño es que la soberbia produzca división, y la caridad, unidad. Con todo, la misma madre Católica, y en ella el pastor mismo, busca por todos los lugares a los extraviados, conforta a los débiles, cura a los enfermos, venda a los quebrados; a los unos los libra de éstos, a los otros de aquellos, que resultan desconocidos entre sí. Ella, sin embargo, les conoce a todos, porque con todos está mezclada. Por ejemplo, en África existe el partido de Donato, no los eunomianos, y mezclada con el partido de Donato está la Católica. En Oriente, donde no existe el partido de Donato, están los eunomianos, y con ellos está allí la Católica. Ella es como la vid que al crecer se extiende por todas las partes; aquellos, como los sarmientos inútiles, cortados con la podadura del agricultor a causa de su esterilidad, para que la vid sea podada, no para ser cortada. Los sarmientos permanecieron allí donde fueron cortados. La vid, por el contrario, crece por todos los lugares y conoce sus sarmientos, los que permanecieron en ella, y tiene junto a sí a los que de ella fueron cortados" (Sermón 46,18).

La catolicidad o universalidad de la Iglesia es la unidad de comunión de todos los miembros de Cristo en el mundo entero. La Iglesia presente es una comunión santa y

trascendente, como Cuerpo, Esposa, Pueblo de Dios, pero no es una comunión solamente de santos, sin arruga ni mancha, como querían los donatistas, así será la futura, celeste e inmortal. La Iglesia verdadera católica o universal es la comunión fraterna total, como pueblo, templo de Dios y cuerpo de Cristo, que exige una vida espiritual cristiana, y el ejercicio continuo de las virtudes animadas por la caridad, que hace que todos seamos uno en Cristo y seamos santos y puros, aunque en esta vida haya buenos y malos.

La vocación de la iglesia a la universalidad es también la vocación de cada uno de sus miembros, es decir, todos y cada uno de los fieles debemos tener la preocupación de ganar para Dios a todos los hombres de todos los pueblos, no podemos conformarnos con los que ya hemos conocido y aceptado la Buena Noticia del Reino. Para Dios, y debe ser también para nosotros, los que aun no creen son también candidatos a la Iglesia: "Siendo tal tú, anuncias a Cristo. ¿Qué fiel no anuncia a Cristo? Atienda vuestra caridad, ¿Pensáis que sólo nosotros, que estamos de pie aquí, anunciamos a Cristo y que vosotros no lo anunciáis? ¿Cómo es que vienen a nosotros, queriendo ser cristianos, aquellos a los que nunca vimos, aquellos a los que no conocemos, aquellos a los que jamás hemos predicado? Pero ¿creyeron sin haberles nadie anunciado la palabra de Dios? El Apóstol dice: ¿Cómo creerán a aquel que no oyeron y cómo oirán, si no hay quien predique? Luego toda la Iglesia predica a Cristo y los cielos anuncian su justicia, porque todos los fieles, para quienes es un deber ganar para Dios a los que aún no han creído, si lo hacen por caridad son cielos. Desde ellos Dios infunde el terror de su juicio, y así el que era infiel se atemoriza y cree. Declarad a los hombres, hablándoles y atrayéndolos para amar a Cristo, qué pudo hacer Cristo por todo el orbe de la tierra. ¡Cuántos arrastraron hoy a sus amigos al pantomimo, o al cómico, o al flautista! ¿Y por qué lo hicieron? Por amor a él. Amad también vosotros a Cristo, pues Aquel que venció al mundo ofreció tales espectáculos, que nadie puede echarle en cara algo digno de reprensión. Mas en el teatro sucede algunas veces que uno es vencido en aquel a quien ama. En Cristo nadie es vencido, pues nadie tiene de qué avergonzarse. Arrebatad, conducid, arrastrad a cuantos podáis. Estad seguros que los lleváis hacia Aquel que no desagrada a los que le contemplan y rogad que los ilumine y que miren bien" (Comentario al salmo 96,10).

*** La apostolicidad de la Iglesia verdadera.** La apostolicidad intenta manifestar la continuidad de la misión, de la doctrina y de la jerarquía de la Iglesia. Agustín siempre habla de la sucesión apostólica, de la tradición apostólica, de las Iglesias apostólicas; es más, según Agustín, la Iglesia no puede ser universal si no es apostólica: "Muchos han sido separados de la raíz de la sociedad cristiana, la que por medio de las sedes apostólicas y sucesión de los obispos se difunde por el orbe y se propaga con seguridad. Ellos se glorían del nombre cristiano por las apariencias de su origen, pero son ya sarmientos secos" (Epístola 232,3).

Agustín en la réplica a Fausto, para afirmar la integridad del Evangelio de San Mateo, sobre todo el relato del nacimiento, que los maniqueos no aceptaban, se remite a la tradición apostólica y a la sucesión de los obispos hasta hoy: "Nada más empezar a leer el evangelio de su apóstol Mateo, donde se teje todo el relato de su nacimiento, te falta tiempo para afirmar que no es de Mateo el relato que toda la Iglesia, desde las sedes apostólicas hasta los obispos actuales en sucesión garantizada, dice que es de Mateo... Creed vosotros también que es de Mateo este libro que la iglesia trajo, sin solución temporal, desde la época en que el mismo Mateo vivía en la carne hasta nuestros días, a través de una sucesión asegurada por la unidad" (Contra Fausto 28,2). Y con otros textos falsos, apela a la misma tradición apostólica: "En verdad que ése lo ha tomado de los apócrifos testimonios atribuidos a los apóstoles Andrés y

Juan. Si fuesen de ellos los habría recibido la iglesia, que desde los mismos apóstoles, por la sucesión visible de los obispos, desciende desde ellos hasta nuestros días, y después. Y ofrece a Dios en el cuerpo de Cristo un sacrificio de alabanza" (Réplica al adversario de la ley y los profetas 1,20,39).

A los donatistas les dice Agustín que en la lista de sucesión desde Pedro hasta el obispo de Roma, no hay ningún donatista: Si vamos a considerar el orden de los obispos que se van sucediendo, más cierta y consideradamente empezaremos a contar desde Pedro, figura de toda la Iglesia, a quien dijo el Señor: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la vencerán. A Pedro sucedieron Lino, Clemente, Anacleto... En este orden de sucesión no se encuentra ningún obispo donatista. Sólo recientemente enviaron un consagrado, que con unos pocos africanos se ganó en Roma el apelativo de montenses" (Epístola 53,2).

*** La santidad de la Iglesia verdadera.** La santidad consiste en la unión con Dios y la mayor unión con Dios de la naturaleza humana es la del Verbo, que es Dios hecho hombre: "¿Qué significa: Por ellos me santifico yo a mí mismo, sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo? Porque estos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es cabeza y cuerpo... Entonces se santificó en sí, esto es, se santificó a Él, hombre, en Él, Verbo, ya que el Verbo y el Hombre son un solo Cristo, que santifica al Hombre en el Verbo. Y en atención a sus miembros dice: Y por ellos yo me santifico, es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo, como a mí me fue provechoso en mí, porque soy hombre sin ellos: También yo me santifico a mí mismo, esto es, los santifico a ellos en mí como a mí mismo, porque ellos en mí son también yo" (Comentario al evangelio de Juan 108,5). Agustín habla de la Iglesia como de la "Santa Iglesia de Dios" (Comentario a la primera epístola de Juan. Prólogo). Si la Iglesia es la prolongación y la plenitud de la vida visible y terrena de Cristo, como afirma Agustín: "Pero más cumplidamente el cuerpo del Señor es la santa Iglesia, cuya Cabeza subió al cielo" (Comentario al salmo 111,1), es normal que una de sus notas características sea la de su santidad.

La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, es santa, aunque ahora esté compuesta de santos y pecadores: "Lo mismo al decir: 'La Iglesia gloriosa que Dios se eligió sin arruga ni mancha', lo dije no porque lo sea ahora totalmente, aunque no tengo duda alguna de que ha sido elegida para eso, para que lo sea, cuando aparezca Cristo vida suya; pues entonces también ella misma aparecerá con Él en gloria por la cual es llamada Iglesia gloriosa" (Retractaciones 1,19,9). Ser hijo de la Iglesia es lo mismo que ser santo: "Viviendo ya entre el número de los santos, es decir, entre la muchedumbre de los hijos de la Iglesia" (Comentario al salmo 93,12).

Agustín, frente a los donatistas, siempre defiende la santidad universal de la Iglesia; en ella está presente Dios formando con todos los miembros un solo edificio: "Dios está en este santo templo suyo, el cual consta de muchos miembros, que ejecutan sus propios oficios y se hallan conformados por la caridad en un solo edificio. Todo el que, basado en su preeminencia, se aparta de la sociedad católica, profana este templo" (Comentario al salmo 10,7).

La enseñanza de Agustín sobre la Iglesia abarca muchas otras doctrinas: los sacramentos, el Espíritu Santo, el Reino de Dios del cual la Iglesia es signo y anticipo, la jerarquía..., y, sobre todo, porque tal vez sea la contribución eclesiológica más original de Agustín, la Iglesia como Cuerpo de Cristo, que será el tema que veamos a continuación.